

(Castillo de Mathe St. Heray en Francia.)

## DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.

(FLORALDO CORINTIO).

## ARTÍCULO II.

Rasgueados los tristes acontecimientos de la vida de Sanchez Barbero, nos parece oportuno decir algo acerca del mérito de sus obras, escogiendo entre los dos contrapuestos juicios que al empezar enunciábamos, el que mas ajustado á la razon parezca. Si hubiésemos de considerar solamente las autoridades de que emanan, no vacilaríamos en decidirmos por la del autor del *Pelayo*, porque tratándose de apreciar versos, nos parece su voto de mas peso que el del Sr. Hermosilla. Inspira en verdad alguna desconfianza el crítico que por muestras de su talento versificador nos ha dejado la traducción de Homero, tan fiel y concienzuda como se quiera, pero no menos prosaica é insostenible, que con su exagerada teoría sobre los pensamientos verdaderos y falsos ha puesto el corazón inaccesible á ciertas bellezas,—que en el *Arte de hablar en prosa y verso* apenas se acuerda de nuestros grandes poetas mas que para censurarlos,—y á cuyo oído por los romances españoles suenan como las coplas del *Santo Cristo de la Luz* y de *Calalla mio careto*.

La censura que al final del tomo segundo de su *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, hace de la oda en la muerte de la duquesa de Alba, composición (á su parecer) *tan disparatada en su clase, y tan soberanamente ridicula*, que desalta á que se presente otra igual, justifica la rigidez de las anteriores bases. Lo que si es muy ridiculo, es la parodia que con insulsa de chistoso hizo de aquella oda. Nada hay que no pueda desbarzarse burlescamente; parodiadas hemos visto las mejores exanas del *Otelo*, del *Cal*, y del *Idio de Luz*; pero no se critica así con lealtad. Si no temiéramos pasar

por maliciosos, hablamos de decir que en la animosidad con que trató á Sanchez y Cienfuegos, iba envuelta no leve dosis de ódio á los principios que sustentaban: el *panfilismo* (como llamaba á las ideas liberales) era tal vez lo que le dolía hallar en aquellos versos. Lucreas tienen los de la oda á que vamos haciendo referencia; pero son manchas pequeñas que no desluen el conjunto. ¿Quién reconocerá la primera estrofa en la trasmutacion que hace el Sr. Hermosilla? «Murió la duquesa de Alba, y sus amigos la lloran.» Esto es prosa, y muy rastroza; pero como no es lo que escribió Sanchez Barbero, no quita que sus versos sean hermosos y las imágenes bellas. Ahorrando inútiles digresiones, nos contentaremos con citar la manera que tiene de referir la conclusion de la oda. «El niño (dice) queda enterado (del sermón de la duquesa) y se retira; la tia le dice *adios*, calla, se vuelve á tender á la hartola, cue la losa del sepulcro, y dichas estas palabras, desaparecieron las visiones.» ¿Se parece esta á la siguiente estrofa?

El niño siente  
en la virtud su espíritu inflamarse,  
y Silvas y Toledos animarse  
todos en él. Con paso reverente  
sale; y entonces ella  
de su tan digno sucesor gozosa,  
diciéndole otro *adios*, eternamente  
emudació, se hundió, ya ya la losa.

Verdad es que tambien el crítico pierde la paciencia cuando el sucesor de la duquesa salta del lecho.

Toca ignorante  
unas broncadas puertas,  
y al impulso torcer hélas abiertas.

«¿Pues cómo (exclama) pudo á oscuras salir de su alcoba, bajar la escalera, y salir á la calle á la meda noche, sin que ni el ojo ni los

eridos le sintiesen? ¿y quién le abrió la puerta de la calle? » ¡Desventurada poesía si hubieras tenido que seguirle alzando los pincelotes, y pidiendo las llaves al portero!... Poco nos placen también las visiones, pero es cuando poetas de mal temple las emplean para embotrar el vacío que deja su propia carencia de ideas y de sentimientos. El Sr. Hermosilla tiene un mérito innegable, y por eso es más de lamentar que no haya sido justo en sus juicios: por eso, y porque su *arte* es uno de los escogidos para ilustrar la juventud, hemos querido vindicar á Sanchez Barbero de los durísimos golpes que le asesta.

En nuestra opinión, es el que *sin quisá* ha compuesto en España mejores versos latinos: ¿pero no debe lamentar hasta cierto punto nuestra literatura esa misma afición que le arrastraba á casi preferir aquel idioma? Sin ella, las ciento sesenta composiciones latinas que escribió en el presidio serían otras tantas joyas de la musa castellana: agotó los asuntos más dignos en que su dñmen hubiera campeado, y hasta sospechamos que á causa de semejante preferencia fué menos esmerado en la corrección de los versos españoles.

En cuanto á éstos, no es arriesgado decir que si no son los *mejores*, son sí de los *buenos*. Por desgracia carecemos de los primeros trabajos del poeta;—de sus tragedias, de su poema, de las piezas sueltas que escribió cuando su genio medraba vigorosamente, cuando su vida era sosegada, y su porvenir magnífico, cuando no le había comprimido la mano de hierro de las persecuciones. El presidio es un mal Parnaso: el hambre y la desnudez son malas musas. Sin embargo, nos quedan para honrar su nombre las odas al combate de Trafalgar, la leída al abrirse la cátedra de Constitución, y la tan ágramente censurada por el traductor de la *Iliada*. El *Saul* hace sentir más la pérdida de las tragedias: los versos son valientes, dulcísimas las arias, y los coros, especialmente el final del acto primero, llenos de animación. Las dos óperas que compuso en Melilla son inferiores á ésta: los argumentos no tienen grande interés dramático, aunque no faltan situaciones y versos buenos. Su objeto fué desenvolver un pensamiento moral, ó más bien político: así, en la titulada *Un casamiento* amplifica la sentencia de Juvenal *Nobilitas sola est, atque unica virtus*. Hay allí una duquesa bastante infatuada con su antigua alcurnia, y empeñada en preferir para esposo de su hija á cierto noble sin méritos personales, en competencia con un militar ennoblecido por sus hechos. En el siguiente diálogo se halla comprendido el argumento.

- A Trifón glorioso ampara  
el fulgor de sus blasones.
- A Guzman las sus acciones  
que brillando están por sí.
- Si no cedés, fiel compará  
con la mía tu nobleza,
- Esa tuya por tí empieza.
- Esa tuya acaba en tí.

El asunto no está fuera del campo de la poesía, porque deber de ella es abarcar y difundir las grandes cuestiones que agitan á los pueblos. Sin eso no sería la expresión de sus hábitos, aprensiones, ideas, y esperanzas: sería una poesía muerta, incapaz de interesar á los contemporáneos, porque al hombre solo le interesa lo que hace vibrar las fibras de su corazón, lo que armoniza con las ideas que hierven en su mente: Sanchez Barbero lo conoció así; y sus óperas no se resienten tanto de la naturaleza del argumento, como de la abstracción con que lo trató, y que produjo cierta especie de languidez que no ágrada en la escena.

Los *diálogos* son, como ya hemos dicho, muy dignos de aprecio. Lo que se observa en cuanto compuso durante aquella temporada, es alguna falta de corrección, pues hay defectos que con la mayor facilidad hubiera hecho desaparecer.

Disculpa suficiente son las penas físicas y los quebrantos del alma. Dos son de todos modos las coronas que tiene derecho á reclamar Sanchez Barbero: una como poeta; como mártir otra.

A. GIL SANZ.

Por vía de apéndice á los anteriores artículos insertaremos la siguiente oda escrita en 1816 con motivo de la muerte del duque de Fernandina, discípulo del autor. La escogimos por ser análoga en el asunto á la censurada por Hermosilla.

#### ODA.

Yaces ¡ay! ¡oh discípulo querido!  
En el sepulcro yaces ¡ay! postrado,  
así cual derribado  
por la saña del Bóreas inclemente  
árbol tierno de Pata,

cuando no bien sus galas,  
no bien ostenta su pomposa frente,  
y agradecido al bienhechor, empieza  
á premiar el solícito cuidado....

¡Ingenio malogrado,  
que en la risueña aurora de tus días  
de saber y virtud ópinas fruto  
en esperanza dieras;  
y de tus padres el encanto fueras,  
y fueras parte de las glorias mías:  
encanto y glorias que por fiel tributo  
lágrimas piden, y dolor y luto.

¡Oh, cuántas veces, cuántas  
tu perspicaz razón desenvolviendo,  
ví que con tiernas plantas  
hollaste generoso  
el fausto y el estruendo  
y de prócer el título pomposo,  
que el ignorante con asombro admira,  
que á tus iguales seductor deslumbraba,  
y de su vanidad en torno gira!

Y dije: «aquí se encumbra  
el ibérico honor: aquí se inflama  
la vivífica llama,  
que la patria en el pecho  
infundió de Guzman: aquí animado  
el venerable Palafox respira:  
respira satisfecho  
y en su más alto punto  
el paternal cantar jamás turbado:  
este, abuela, el traslado,  
este, madre, el trasunto  
fué de vuestra virtud, fué del talento  
que la fama llevando por el orbe  
sobre las alas vá del rauda viento.  
Ya ni te sobras tú, ni tu le alcanzas...»

¡Hermosas esperanzas  
que cual etérea exhalación lucieron,  
y muy más que el relámpago volaces,  
para nunca tornar desaparecieron!  
¡Y vive larga edad el delirante  
gozándose en sus césmenas atroces!  
¡Y en sublimado asiento  
vive para tormento  
del justo, para oprobio  
de la sagrada humanidad doliente.  
¡Vive, y el cielo su vivir consiente!

¿Quién al ver los mortales  
esclavos, abatidos  
á la tirana voz de sus pasiones,  
no esquivó lo terreno,  
no eleva los sentidos,  
no gime por las cédicas mansiones,  
mansiones eternas,  
donde, ahuyentada la ficción, de lleno  
esplende la verdad? Francisco, el mundo  
no fué digno de tí: su falso brillo  
tu corazón sencillo  
desdeñó, desdeñaronle tus ojos:  
y dejando alejado  
de la carne los miseros despojos,  
con vuelo arrebatado  
allá te alzaste, donde  
en estable bonanza  
quietud y bienandanza  
y santo gozo de consuno habitas:  
do las pasiones penetrar pudieron  
ni el mundano jamás; te alzaste donde  
sin fin las puras almas  
rebotan de placer, de amor palpitan,  
y la virtud á la virtud responde.

¡Mil veces bienhadado  
Francisco, tú, que en la estrellada altura  
de tus progenitores rodeado,  
gozas de su presencia en paz segura!  
¡Y ellos también dichosos  
que con la amable tuya se recrean  
Solicitos y ansiosos,  
después que complacidos  
de su larga progenie se informaron,

del bajo mundo conocer descan  
los hechos por la fama ennoblecidos ;  
los hechos que á sus hechos antares  
del olvido y la muerte libertaron.

¡ Ay cuánto desconcertó ! ¡ qué de horrores  
les contarás ! ¡ qué males !

Los miseros mortales  
por innumerables vias agitados ;  
de la prostitucion al carro alados  
unos ; otros hinchándose engreidos  
al soplo del favor. Allí pugando  
por sostener la libertad amada ;  
y á su opresor para apriimir vendidos :  
la horrible tiranía  
sobre Pirene alzada.

la hélica bandera tremolando ,  
y unas con otras en cruel posita  
á las naciones todas concitando :  
en el augusta teatro  
de la verdad y la virtud sentada  
con su hermano el error , la hipocresia ;  
en implacable encono  
la envidia contra el mérito ensañada ,  
do quiera amenazando ,  
do quiera persiguiendo ,  
en sangre tinta y en horror herviendo .

¡ Oh tú que coronado  
de estrellas refulgentes ,  
con ánimo sereno  
bramar la tempestad , rodar el trueno  
bajo las plantas sientes !  
A par de tí nuestra mansion prepara ,  
que de esta sociedad tan corrompida  
de todo bien avara ;  
bien pronto romperemos  
los vínculos y lazos  
y á tus amables brazos  
con alas agilísimas iremos :  
adonde en compañía  
de tus progenitores  
lejos del mundo infiel y sus errores ;  
eterna primavera , eterno día  
en paz inalienable gozaremos ,  
nuestra ventura sin cesar cantando ,  
y con sus ecos el celeste alzar  
nuestra ventura sin cesar sonando . (1)

## RITA LUNA.

La historia del arte escénico español ofrece muy pocos ejemplares de una reputacion tan unánime y colosal como la que mereció de sus contemporáneos ( nuestros padres , la célebre actriz cuyo retrato va al frente de este artículo).

Apartados ya por medio siglo de la época de sus brillantes triunfos , y mas distantes aun del gusto peculiar y de las conveniencias artísticas de aquel período , no nos es posible calificar hasta qué punto fué justo ese entusiasmo , ni merecida aquella continua ovacion de que al decir de la fama fué objeto constante la *Rita Luna* ; pero creyendo , como creemos , que nunca un público entero se equivoca realmente en sus apreciaciones artísticas , y habiendo todavía alcanzado á oír la que hicieron de ésta críticos respetables , no podemos menos de convenir en que debió ser una grande actriz , y que los lágrimas y la simpatía que logró excitar con dramas tan medianos como *La Escuela del negro punto* , *La Moscú sensible* , *La Viuda del Malvar* y otros de la época , hubiera sabido alcanzarlos con mayor razon en la tragedia clásica , y en el romántico drama moderno. Por desgracia floreció en tiempos de grande decadencia literaria , y en que el teatro estaba avasallado por los Comedias y los Valladolides , y hasta el grande actor *Isidoro Muñiz* , que pocos años despues debió regenerar con sus esfuerzos la escena española , no llegó á compartir los laureles de la *Ri-*

ta , ni á presentar juntos á la admiracion del público las dos mas grandes figuras teatrales que jamás brillaron en el teatro español.

Duraba todavía en él la memoria de las célebres *Amarilis* (María de Córdoba) , *Antandra* (Antonia Granados) , *María Riquelme* , y la mas moderna *María Labenart* , y dominaba absolutamente el gusto del público María del Rosario Fernandez (*la Tirana*) , cuando la jóven *Rita Luna* pisó la escena para horror absolutamente aquella memoria , y eclipsar de una manera inaudita estos triunfos.

Nacida en la ciudad de Málaga el día 28 de abril de 1770 , fué hija de Joaquín Alfonso de Luna , que aunque descendiente de una de las mas ilustres familias de Aragon , ejercía , así como su mujer Magdalena García , la profesion cómica. La educacion de *Rita* , así como la de sus hermanas Andrea y Josefa , si no artística , fué por lo menos bastante esmerada , y sobre todo religiosa , por ser su padre un nombre que profesaba principios muy severos de moralidad. Pero la falta de fortuna , y las buenas disposiciones de sus hijas , le hicieron dedicarlas á la misma carrera escénica , en que él y su esposa habian hallado un medio honrado de subsistencia.

*Rita* pisó las tablas por primera vez en 1789 , á los veinte años de su edad , y aun esto lo hizo en un teatro provisional establecido por un actor llamado Sebastian Briñoli , en el cuarto bajo de la casa número 20 calle del Barco (1) , á causa de hallarse cerrados los teatros por la muerte de Carlos III. Allí empezó á dar á conocer sus buenas



(Rita Luna).

disposiciones para la escena , y tanto que poco tiempo despues (en 1790) fué contratada para la compañía de los Reales sitios , donde tuvo ocasion de oscararla el conde de Floridablanca , y apreciando su mérito fué incorporada por orden suya de segunda dama de la compañía de Martínez , que ocupaba á la sazón el teatro del Príncipe. Hallábase en ésta de primera la famosa *María del Rosario Fernandez* (*la Tirana*) , y de sobresaliente la *Antonia Prudo* , y ambas , particularmente la primera , disfrutaban el favor público , en términos que era peligrosa en una jóven principiante la tentativa de venir á competir con ellas sus laureles. Pero el instinto de sus medios , y la seguridad que infunde el verdadero génio , no arredraron á la *Rita* en esta decisiva ocasion. Al poco tiempo de su entrada en la compañía , presentó por primera vez el papel de la sultana en *La Escuela del negro punto* , y lo representó con tanto acierto , que produjo en el público un entusiasmo frenético , haciendo que las representaciones de aquella comedia durasen diez y nueve dias consecutivos. Tan honroso triunfo no podia menos de despertar los celos de *la Tirana* , y aun de hacerla poner en movimiento los resortes de la intriga para destruir una reputacion nascente que amenazaba eclipsar la suya. A este fin se dirigió enferma para precipitar á la *Rita* á desempeñar sin previo estu-

(1) El original de este artículo está lleno de erratas y de tachaduras que no llegamos á ser seguidas. Al fin del mismo hay la siguiente:

DESPUES DE MI DISCIPULO, Ó EPILOGO.

No habéis, lectores, ninguno valeis Parentes:  
Ardor os hevos una de la piedad. Amos.

(1) Precemos sea la señalada hoy con el 26 de la nueva numeracion , y que es propiedad del teatro de San general. Murciado.

muñecos papeles en que ella sola brillaba; pero ésta, que ya prevía semejantes tretas de su altanera rival, había estudiado previamente algunas comedias, y entre otras la titulada *Colos no ofienden al sol*; de suerte que llegado el momento crítico de suplir á la primera dama, pudo poner en escena esta comedia con tan buen éxito, que el entusiasmo del público rayó en un delirio hasta entonces desconocido. Este nuevo triunfo hizo conocer á *la Tirana* que no era prudente ceder el campo á tan poderoso enemigo, y que era llegado el caso de desplegar todas sus fuerzas para combatir dignamente con él. Con este objeto salió de nuevo á las tablas con la comedia titulada *La mujer bengalíca*, circunstancia muy digna de notarse; pero ya era tarde: el entusiasmo producido por la Rita había escitado de una manera alevosa la fibra de los oyentes, y estos hallaron que su antiguo ídolo no podía de modo alguno sostener la comparación; así que desahogado de un modo harto notable á la misma actriz que pocos meses antes aplaudía con frenesí.

Rita, segura ya de los triunfos en aquella escena, pasó al año siguiente al teatro de la Cruz, donde brillaba á la sazón *Juana García*; pero ésta, mas prudente que la Tirana, no quiso empeñar el combate, y solicitó desde luego su retiro. Entonces, ya de primera dama la Rita, dió principio con la representación de *El desden con el desden* á aquella serie no interrumpida de triunfos que ilustraron su carrera escénica durante mas de diez y seis años; hasta que en 1809, en lo mas vigoroso de su edad y de su talento, y sin causas notoriamente conocidas, puso fin á su gloriosa carrera retirándose de las tablas, á pesar de las observaciones de personas respetables, de los ruegos de sus amigos, de las ámplias y generosas ofertas del Ayuntamiento, y del profundo sentimiento del público en general. Desde entonces se ha hablado mucho acerca de los motivos que tuvo esta célebre actriz para separarse tan bruscamente de la escena: hay quien lo atribuye á ciertas contestaciones que tuvo con el corregidor Marquina; otros, acaso con mas fundamento, buscan la causa en un fondo de profunda melancolía que la dominaba á causa de un malogrado amor; y esto es mas natural, atendida la exquisita sensibilidad y el fuego de aquella imaginación superior.

Obtenida que fué su jubilación, permaneció en Madrid como cosa de dos años. Entonces fué cuando instó el actor *Manuel García-Parra* á presentarse de nuevo en la escena, le contestaba: — Ya no de ahemo, amigo mio, esponer nuestra reputación á la incertidumbre de una nueva tentativa. ¿Quién sabe como nos recibirá hoy el mismo público que antes nos aplaudía con tanto entusiasmo? — Y no volvió, en efecto, á presentarse en la escena.

En el año de 808, á consecuencia de la entrada de los franceses, pasó á Málaga, y de allí á Carratraca, á Toledo y otros puntos, buscando en todas partes alivio á los males físicos que empezaba á sentir, hasta que hacia el año de 1821 fijó definitivamente su residencia en el Real sito del Pardo, entregada á continuas prácticas religiosas, y coleccionada un voluminoso retiro y oscuridad. Así transcurrieron los diez últimos años de aquella brillante existencia, hasta que á principios de 1852 vino momentáneamente á Madrid á consultar á los médicos, y á visitar á su hermana Josefina; pero desgraciadamente fué atacado de una aguda pulmonía que dió fin á sus días á las cuatro de la tarde del 6 de marzo del mismo año, cuando contaba sesenta y dos de edad. Al siguiente día fué sepultada en el cementerio de la puerta de Toledo, arrojando el nicho número 376.

La vida de esta actriz singular podría dar margen á las mas profundas reflexiones; pero nuestros lectores podrán dispensárnoslas, deduciéndolas espontáneamente por sí mismos; para lo cual vamos á presentarles algunos rasgos característicos de aquella mujer celebre, que hemos escuchado de boca de sus parientes y amigos especiales. El trato de la Rita era sumamente fino y obsequioso con toda clase de personas; su alma generosa y compasiva no podía ver con indiferencia las desgracias ajenas, y luego que las conocia se apresuraba á aliviarlas en cuanto estaba en su mano, llegando hasta el extremo de despojarse alguno vez hasta de sus propias ropas para dárlas por acto de caridad. Constantemente emberrada en su cuarto, y entregada al estudio, tan solo se presentaba á su familia á las horas de comer; y lo mas singular es que no permitía que durante ellas se hablase de cosa alguna relativa á su profesion, siendo un enigma indescifrable el que una mujer que parecia formaba espresamente por la naturaleza para reinar en el templo de Talia hubiese cobrado una aversión tan estraña y sostenida hacia el teatro. Nunca quiso contraer matrimonio con ninguno de los varios actores que la solicitaron, y solia decir que en caso de realizarlo, solo seria con una persona que la pudiera mantener fuera de la escena. Pero sus deseos no llegaron á realizarse; y destinada á tener que abogar sus nobles esperanzas y á dominar en silencio una pasión malograda, dió lugar á la melancolía invencible que la arrastró al retiro y al sepulcro.

Considerada Rita como actriz, no es menos sorprendente verla desahogada en la escena por la sencillez y la naturalidad de la expresion, en

tiempos que dominaba el mal gusto y la exageracion estravagante. Para ello, no solo tuvo que cambiar absolutamente la inclinacion del público, sino que tuvo que empezar por hacerse á sí propia, apartándose de los modelos que delante tenia, y sus otros auxilios que tan alma elevada, una imaginacion voladora y un corazon lleno de la mas exquisita sensibilidad. Con estas dotes naturales y con su constante estudio y observacion, pudo llegar á hacerse dueña del auditorio, en términos que si hemos de creer á sus contemporáneos aun existentes, jamás ninguna actriz ha podido igualar despues. Las lágrimas de Rita, al decir de aquellos, eran lágrimas de fuego que hacian saltar involuntariamente las de cuantos la escuchaban: el acento del dolor no era en su boca una ficcion; era la expresion del alma agitada por el sentimiento: sus hermosos y negros ojos daban á su fisonomía una expresion irresistible: su aventajada estatura, su gracioso tallo, sus finas modales, la nobleza de su persona, la hacian aparecer en la escena, segun la expresion de un célebre libertino, como una princesa rodeada de comediantes. Todos los géneros le eran familiares; para todos habia recibido de la naturaleza dotes especiales; y aunque no se ensayó en la tragedia clásica, porque entonces era poca conocida, y todavia no la habia puesto en moda el génio inmortal de *Fedro Mayquez*, es indudable que brillando tanto en los dramas de sentimiento que á ella se acercan mucho, hubiera compartido los laureles de *Melpómene*, si una prevención ó pique inasplicable no hubiera separado desde luego á ambos celeberrimos artistas. Tampoco corrió muy mala la Rita con el autor mas insigne de la época, el gran Moratín, tal vez porque este no halló á su gusto la representacion del papel de Doña Isabel en *El Viejo y la Niña*. Pero en las pequeñas debilidades comunes á todos los seres humanos, no influyen para que deje de ser considerada *Rita Luena* como una de las mas grandes celebridades de la España moderna.

R. DE M. R.

## CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernan Caballero.

(Conclusion.)

Apenas cerró la puerta ese hombre infame, cuando las fuerzas que prestaba su indignacion á Regla, le faltaron, y cayendo anonadada sobre su sillón, se echó hacia atrás, tapándose la cara con ambas manos. Su ánimo se sumergió en la consideracion de su infortunio, como en un negro antro sin salida y sin vislumbre de luz.

Aunque Regla no tenía un amor de esos tercos que ningún mal comportamiento enfria, que ningún desvío aleja (amores que nos simpatizan poco, pues ni nos cuesta el amor ciego, ni menos el que se obliga en imponerse á la indiferencia); y que si no amaba ya con ternura al hombre cruel, frio y viejo que la habia abandonado, le conservaba apego, lo miraba como su marido, como padre de sus hijos, todo lo hubiera sacrificado por él, y tenía la hermosa esperanza de muchas mujeres virtuosas casadas con calaveras, de que la vejez y los padecimientos les traerán á sus maridos, recibidos entonces como hijos prodigos. ¿Cuántos de estos casos se hallan!—Pero el mundo ni los ensalza, ni los ve siquiera; porque el mundo, que tiene ojos de luce para descubrir todo lo malo, es un niño cuando halla lo bueno. Su honra, su porvenir, el de sus hijos.... el golpe era tal, que su ser moral yacia en la completa paralización del viajero á cuyos pies ha caído un rayo.

—Madre! madre! repetia la niña, que se habia reclinado sobre sus rodillas.

Regla no respondia.

—Madre, ¿estás dormida?—(No me quereis ya? dijo la niña con angustiada voz; y viendo que su madre permanecia inerte, se puso á llorar con encogido corazon.)

Al oír el llanto de su hija, Regla sacudió su postreacion, tomó á la niña en sus brazos con apasionado cariño, ahogada en sollozos.—Pobre mi! pobre mi! qué suerte te han hecho tus padres! exclamaba; tu madre te deshonoró, tu padre te reniega!—Estraños pasareis en la sociedad, porque en ella no os proporcionaron lugar los que os dieron el ser!—Hacednos morales, sin nombre, sin raíces, sin filiacion ni consanguinidad, sin mas amparo que el de vuestra pobre madre que nada os puede dar, nada, sino la sangre de su corazon!

Regla se hizo desde luego cargo de su situacion y de su completo desamparo. Sabia de atrás que servando caminaba á su ruina, que desahogada de ella y de sus hijos, enfermo, estragado, y embrotado por los vicios, y por último, encorsetado, nada habia, ni nada podia haber por ella.—En breve seria espulsada de la casa; en breve no tendrían pen

para sus hijos: una sola persona conocía en aquella inmensa Bahía, y esta persona se había acercado á ella con el solo fin de abusar de su desgracia. Regla lealta aquella energía innata en las almas honradas, que les da el noble valor de arrostrar la vergüenza para huir del oprobio.—Acudí, pensé, á su familia para que amparen á estos inocentes agnos de la infancia de su padre, y si me rechazan, alargaré para mantenerlos la mano á la caridad pública, allá en España, donde no hay una inhumana ley que lo prohíba. Oh! España, mi madre, ¡cuando yo en tu suelo, y ampara mis hijos!—esclamó asiéndose en alta á su último refugio.—Cielo clemente de España, que cuando todo falta al desvalido que vistes nacer, le envías tu sonrisa como un consuelo que le dice: vive y espera!—España, país benéfico á los necesitados, en que la pobreza anda libre y honrada como la vejez!—en donde se habla el magnífico tipo del *pobre alto*, no porque conozca la modernamente vulgarizada palabra de *dignidad del hombre*, sino porque conoce las antiguas y rancias máximas y sentencias cristianas, tal cual estas:

«No hemos de socorrer á los pobres como á necesitados, sino repararles como á patronos de intereses.»

«Mas merced te hace el pobre en recibir tu limosna, que tú en dársela.» (Lo que quiere decir que el provecho espiritual es para el que da.) Cuando el pobre le pide limosna, considera á Jesus que te dice: *dame de lo que te di.*

España conserva tu religiosidad como antorcha de Dios, mientras que todas las que encienden en otras partes los hombres son fuegos fituos, mudables, inconsistentes y sin calor.—Y así, cuando los que las siguen conozcan su error y digan con golpes de pecho arre, di tú bendiciendo á Dios: me salvaste porque no abandoné tu luz.

Tres dias despues recibió Regla por un elegante *groom* (especie de paje caballista) esta esquela:

«Servando ha sucumbido anoche de unas calenturas tifoideas. Estabais pues libre, pero aun más desamparada que antes.—¿Rehusareis todavía el amparo que os brinda un hombre que os ama?»

*Napoleon le Noir.*

Regla abrió la puerta, presentó la esquela al paje, en seguida la lanzó sobre las brasas de la chimenea, y le hizo seña que llevase esa respuesta á su amo. Pagó un sincero tributo de dolor á aquel que tan inhumanamente la habia engañado, pero que habia sido su tioron amor y el padre de sus hijos, y pensó cuanto antes poner por obra la determinacion que habia tomado de volver á su patria. Venido para el efecto cuanto tenia por medio de la criada, acudiendo en seguida al consuelo español, que compadecido de su desamparo, de su falta de saber y experiencia, corrió él mismo con proporcionarle su pasaje á bordo de un buque mercante inglés de los que hacen la travesía de Londres á Cádiz.

El capitán era una masa estúpida é inofensiva, que en toda la navegación no dió cuenta de su persona.—Tuvo el meridiano, mandó la tambora, comió carne salada y papas, durmió profundamente como angelito proporcionado á la cama y medidas que le arullaban el sueño, y no habló una palabra.

Quince dias duró su largo y penoso viaje, quince dias en que las mas agudas penas y acerbos cuidados azultaron sin cesar el corazón de aquella infeliz mujer, con la misma constancia con la que las amargas olas del mar asaltaban al barco, á quien no dejaban un momento de ensiego. Al llegar á Cádiz, se destruyó aun más dolorosamente su corazón, pues en Inglaterra solo dejaba recuerdos de sus desgracias, pero allí hallaba todos los de su corta felicidad.

Al saltar en tierra, trémula y avergonzada se cubrió la cabeza y parte del rostro con un gran pañolón, tomó su mano en brazos, la niña de la mano, y con el corazón palpitante se dirigió en casa de la madre de Servando; pero aqui le aguardaba una nueva decepcion; la madre de su marido habia muerto!—Entonces Regla se presentó al marido de la hermana de Servando, hombre muy rico, pero tan *positivo*, que sin documentos ni papeles legalizados rehusó reconocer en ella la mujer, y en los niños los hijos de su cuñado, que habia de disipador, de mala cabeza, que habia hecho muy mal en tener *uozes*, y mucho peor en quedarle á deber unos cuantos miles reales que andaba alcanzando en la cuenta de la testamentaria; que así justicia distributiva era la que lo habia arrestado en Londres por deudas.

Regla salió aterrada.—Era cierto que la infeliz ni un documento, ni siquiera una carta tenia que presentar en comprobacion de lo que decía.

Estaba perdida hundida en la mas espantosa miseria!

Si Servando hubiese muerto en su país, con un padre á la cabecera que le ayudase á bien morir, ciertamente que en el lecho de la muerte se hubiese pasado legalmente y legitimado así á esas pobres criaturas. De esta suerte, aunque habia disipado todo su caudal, les habria quedado el nombre y del momento proporcionada el amparo de su pudiente familia, y repuesto el derecho á herencias que un día sucesivo

podieran haberle tocado.—Mas nada de eso habia sucedido, y Servando habia muerto solo, sin consuelo, sin guía, sin solemnidad, cara á cara con el horrendo esqueleto que tan bien simboliza la muerte.

Nos hemos valido de la frase vulgar *bien morir*, porque cuando mas queremos elevarnos para pintar en su verdadera luz los mas altos puntos de la fé católica, tenemos que acudir con preferencia á las voces é imágenes de que se sirve la cultura europea, á las expresiones romances y usuales del pueblo español, pues ningunas espesan la idea católica con mas concision, exactitud, profundidad, poesia y elevacion.

El cuñado de Servando vivia frente de la muralla; al salir de allí Regla sin saber qué hacer, ni atinar dónde ir, huyendo de las gentes que se cruzaban en las calles con la febril agitacion comercial, se subió por la primera rampa á escalera que se le presentó á la muralla. Era por la mañana, y estaba este paseo de la tarde casi desierto.—Regla andaba desatinada; su misma angustia le hacia no poder estar parada, y así seguia andando, llevando siempre en brazos á su hijo, débil y macilento, y temiendo de la mano á su niña, que no habia probado aun bocado y le pedía pan: sus ojos ardian con el fuego de una calentura lenta que le minaba, y era hijo de la tisis, mal que tan fácilmente se adquiere y desarrolla en la fria y variable atmósfera inglesa; su pecho se partía de dolor físico y moral á un tiempo.—Cuánto habia decaído, cuánto envejecido aquella pobre jóven en pocos meses! Como habia trouchado el huracan aquella bella y lozana plantá que se ajaba y seraba inclinada sobre sus tiernos retoños!

Llegado que hubo al parage de la muralla que cubre la bulliciosa puerta del mar, se paró exhausta; miró aquella plaza de San Juan de Dios, en que bulle con tan incessante actividad el hombre, y en la que se ostenta el gran accipio de comestibles, que sustentá á un tiempo al que los compra y al que los cria, al que los trasporta y al que los vende.—Recapituló cuán magna y benéfica era la institucion del diablo, cuán universal su poder y su accion, pues uno él hombre al hombre, los países á los países, y hasta el hombre á su Dios, si de su dinero hace buen y benéfico uso, y recurriendo en la contemplacion de su desgracia, recordando el autor de todos sus males, que sin ser un hombre malo, ni un consumado perverso, habia llegado á ser un criminal, un desnaturalizado monstruo, solo por esa indiferencia por el bien, esa falta de respeto á la religion y á las instituciones, esa carta blanca que se dá á las pasiones llamándolas *instintos de la naturaleza*, que al darlos el creador, no quiere hacer una ley de virtud el contrarrestarlos ó vencerlos, en fin, todas esas perversas miras modernas que nos van asemejando á los salvajes, ¡ah! esclamó, qué de oro echastes á la vanidad y á tus vicios, y tus hijos no tienen pan ni lo pueden ganar!

—Tengo hambre, madre, tengo hambre! repetia la niña llorando.

—¡Hija, si no tengo pan que darte! respondió la madre desesperada.

—Toma, pobreza! criatura de Dios, dijo alargándole un pedazo de pan no perdido, un pobre soldado, que privado de ambas piernas se rastrea por el suelo.

La niña se abalanzó al pan, la madre volvió la cara para dar las gracias al compasivo mendigo, y ambos al verse quedaron cual dos estatuas blancas, frías é inmóviles.

—Regla! esclamó al fin el soldado con asombro.

—Sebastian! oh! infeliz!—gimió la pobre prorumpiendo en un acento llanto.

—Menos de compadecer soy que tú, repuso el soldado con amargura; yo no tengo sobre mí desventuras ajenas!

Regla redobló sus sollozos.

—Y tu marido?—preguntó el mendigo.

—El padre de mis hijos murió.

—Y nada ha hecho por vosotros?

—Murió encarcelado por deudas.

—Y su gente?

—No nos quieren reconocer.

—Pues qué te queda, desdichada?

—Nada,—respondió la infeliz, dejándose caer anonadada sobre el pretil de la muralla.

—Te quedo yo, Regla,—dijo dolorosamente compadecido Sebastian. Soy un pobre fisado, y poco puedo por tí; pero me queda voz para pedir limosna, y oídos cristianos para oírte.

—Pide limosna! esclamó Regla sollozando.

—Y qué mal ni qué ignominia hay en eso para aquel á quien otro recurso no queda?—Alza la uña! la frente; que lo que Dios no prohíbe no es deshonra.

Seis años há que soy un miserable fisado, y un peso para mi mismo y para el mundo, y seis años há, Regla, que no me ha faltado un solo día un pedazo de pan, ni me he acostado una sola noche con hambre y sin rogar á Dios por las almas caritativas que no se desdichan de alargar una limosna al pobre.

Desde aquel dia profirió el pobre fisado á aquellas criaturas abandonadas les dió pan y hogar, su cariño y amparo. Pero Regla ymo-

naba con paso rápido al sepulcro, á pesar de los esmeros del pobre lisiado, que redoblaba con angustia sus apelaciones á la caridad pública. En uno de estos días de tribulación fue cuando acaeció la escena que hemos referido con la niña de la capota rosa, la que tuvo por resultado el conocimiento con su madre, la que tanto se interesó en la niña, que la puso á pupila en una amiga.—Entonces Sebastian con mas desahogo pudo del todo dedicarse al cuidado de Regla, que cayó postrada. Pero todos sus esmeros y cuidados fueron vanos; el mal de Regla era mortal, como era inconsolable su dolor.—La enferma se preparó á morir con la calma del que mira una buena muerte como un descanso, pero tambien con la angustia de la madre que al morir rompió el solo lazo que une sus hijos al género humano. Solos, desconocidos, rechazados, espulsados, ¿qué iba á ser de ellos?

—¡Oh mis pobres hijos! dijo la infeliz estrechando á ambos contra su pecho.

—Tus hijos son los míos, respondió Sebastian: descansa, que cuenta te daré de ellos ante el tribunal de Dios cuando á él comparezcamos todos.

—Sebastian, Sebastian! exclamó con débil voz la moribunda, ¿cómo pagarte cuanto por mí haces y has hecho?

—¿Y yo qué he hecho, pobrecita mía?

—Sellar cuanto puede hacer una criatura por otra con no ponerle precio, Dios te bendiga, como lo hago yo en la hora de mi muerte, para premiarte, porque las bendiciones de los moribundos llegan á Dios con sus almas. Sebastian, tú me hubieses hecho una mujer feliz y honrada, y has sido, cuando todos me faltaron, mi solo amparo: tarde conozco cuán cierto fué lo que me dijistes en aquel entonces, á lo que por mi mal no atendí: *con mal ó con bien, á los tuyos te ten*.

A los pocos instantes aquella infeliz jóven era cadáver. Cuando la señora que había amparado á la niña supo la muerte de su madre, la recogió y crió con mucho cariño en su casa, y después de ser una linda y bien educada jóven, la casó con un dependiente de su casa, sujeto hábil, modesto y honrado, que la hace feliz y lo es él.

Sebastian puso todo el cariño de su corazón en el niño, lo educó con esmero, dedicándolo á la carrera de marino, lo embarcó temprano, y es en el día un jóven y entendido piloto en uno de los hermosos buques de la carrera de Manila; el capitán de su barco, que lo quiere mucho, pronostica al excelente marino una lucida carrera y un rico porvenir.

Todo lo referido prueba que en esta alternativa de opuestos principios que se disputan el corazón del hombre y el predominio del mundo, si muchas veces triunfa el mal, otras tantas triunfa el bien, puesto que si el vicio abandona á sus hijos, la caridad recoge á los desamparados.

FIN.



Nos hemos apoderado, sin conocimiento de sus autores, de las dos cartas que insertamos á continuación, prescindiendo de su carácter puramente con dental, porque estamos seguros de que ni el público ni los dos amigos que se preguntan y contestan, tienen motivo para quejarse de nuestra indiscreción.

AL SR. D. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO,

CARTA FAMILIAR.

Quisiera, primo, saber  
qué tales mis versos son!

pues bien, llegó la ocasión,  
mis versos vais á leer.

Pero antes, primo, os advierto  
que no os hagais ilusiones,  
en desiguales renglones  
hablo con muy poco acierto.

Y es que á las musas no trato,  
pues aunque amables y bellas,  
no tienen (que al fin son ellas)  
afición al celibato.

Y á mí, que célibe soy;  
sea por fuerza ó de grado,  
nunca favor han prestado  
por mas veces que las doy.

Apolo, corro tras él  
por las cuestas del Parnaso,  
y me dico á cada paso:  
«ya está duro el alcañal».

Amor con la boca abierta  
me esperó en mis verdes años;  
ahora con ojos huraños  
dice: hermano, á la otra puerta.

De modo que desahuciado  
en este rudo desierto,  
medio ninguno no advierto  
para sentirme inspirado.

Mas del fecundo Quevedo  
llevo el ilustre apellido,  
y ningún Quevedo ha hallado  
á quien faltase el denuevo.

¿Y á mí faltarme!... no á mí,  
que no es tan grande el apuro;  
no soy poeta, lo juro,  
pero versos, los haré.

Serán malos.... es probable,  
mas no temo presentarlos,  
pues el juez que ha de juzgarlos  
es Quevedo, y tan amable...

Así aunque no estoy muy dueño,  
esa especie de charada  
envío; no dice nada,  
mas pudiera decir mucho.

Si casable mozaivete  
á una niña la enviara,  
tal vez que pensar hallara  
én el adjunto juguete.

Para vos, primo querido,  
esta es su interpretación:  
las sílabas verdad son,  
lo demás todo fingido.

ACERTIJO.

Hace ya tiempo concebí una idea  
que aun antes de nacer era gigante,  
y aunque quiso ahogarla en el instante  
porque de todos ignorada sea,  
se refugió en mi pecho;  
allí en rincón estrecho,  
aunque de mil maneras comprimida,  
sigue creciendo con lozana vida.

Mil veces usomé á mí labio ardiente  
porque quitarla aspira mi deseo;  
la contuvo el temor según yo creo,  
y á su morada se volvió impaciente;  
allí en lucha afanosa  
día y noche me acosa,  
ella ansiando llegar á vuestro oído,  
queriendo yo anularla en el olvido.

En vano fatigó mi fantasía  
escitando en mi pecho otras pasiones;  
pero eran pasajeras ilusiones,  
y mas vehemente siempre, renacia.  
No te pronunciaré (dije averestado),  
sin mi palabra nunca tendrás vida  
y en el fondo del alma sumergida  
nadie sabrá jamás que te he engendrado.  
—Te equivocas, me dijo,  
que otro empuja elijo,

y á pesar de tu fiero y tus enojos,  
lo que no haga la voz lo harán los ojos.

No veo que difícil cosa sea  
adivinar tres sílabas, bastante  
para que en el mirar y en el semblante  
lo que quieras callar, cualquiera lea.  
Y será adivinado

por otro, y pronunciado  
contra tu voluntad y á tu despecho  
lo que ocultar pretendes en tu pecho.

—¡ Ah cuánta verdad es! ¡ y cuántas veces  
los ojos delatores me vendieron!

Mas si los vuestros penetrar pudieran  
hasta el fondo del alma, justos jueces  
se muestren é imparciales;  
vean; que en casos tales,  
cuando lo ha resistido el alvedrío,  
lo que dice el mirar, es desvarío.

Luché contra mi idea denodado,  
y aunque no logré nunca destruirla,  
en eterno callar logré sumirla.

Las tres sílabas nunca he pronunciado.

¡ Y cómo me atreviera,  
cuando seguro fuera  
que si las pronunciara en el momento  
fuera atroz, insufrible mi tormento!

Martirio horrible si eran bien oídas,  
pues no pudieran ser jamás logradas:  
tortura atroz si fueran desechadas,  
porque en el pecho abrieran mil heridas.

¡ Y cuán duro me fuera

si la amistad perdiera!....  
¡ Ah nunca... nunca!... Tal probar no quiero:  
en silencio morir antes prefiero.

Y si leves los ojos me vendieran,  
del corazón el fondo descubriendo,  
la lucha y el dolor que está sufriendo,  
antes que á enojo á compasión movieran.

Es mi idea de fuego

si se adivina, luego

tendrá que optar el alma generosa  
entre la compasión.... ó entre otra cosa.

JOSÉ DE QUEVEDO.

Tu epístola recibí,  
primo, con sumo placer,  
y á un tiempo dolor, por ver  
lo pronto que la leí.

En el segundo periodo  
no tienes, á fé, razon,  
que versas como un Maron  
para ser igual en todo.

¡ Eres tú quien á las musas  
no tratas! no te huyen ellas:  
mientras injusto te querellas,  
culto y amor las rehusas.

Hembras son, y es tal su trato,  
tal su tierno corazón,  
que no huyeran de un leon  
cuanto mas del celibato.

Que si por hembras y hermosas  
suelen ser un tanto esquivas,  
por hembras son compasivas  
y amantes y generosas.

Que Apolo de tu deseo  
se burle, poco me admira:  
tendrá celos de tu lira,  
que al fin es del sexo feo;

Y en este sexo maldito,  
ó estoy muy equivocado,  
ó crudo el cielo ha adunado  
las miserias del Cocito.

Por la musa menos bella  
puedes dar, primo, el Pegaso  
á Apolo y todo el Parnaso,  
y ganas (que al fin es ella).

—Tienes del grande Quevedo  
mas que el ilustre apellido:  
tu ingenio es esclarecido,  
y hay en tu sangre denudedo.  
En tus versos he notado  
que hay algo de inesperienza;  
pero no hay arte ni ciencia  
que no tenga noviciado.  
Algun defecto noté  
en su contexto exterior;  
del fondo, hablo con candor,  
los conceptos admiré.  
En suma, y por conclusion,  
te aseguro que prefiero  
lo que escribiste primero,  
en cuanto á la ejecucion.  
Y como ya es algo tarde  
y hay mucho que trabajar,  
voy tu enigma á descifrar;  
adios, primo, y que él te guarde.

#### INTERPRETACION.

El acertijo acerté  
al punto que lo leí;  
mas acaso me engañé,  
que nunca acertado fui...

—No, el engaño aquí no cabe:  
la llama que en él alienta  
no hay pecho que no la sienta  
ni lengua que no la alabe.

Verdad las sílabas son,  
suma verdad su sentido,  
porque explica el escondido  
misterio de la creacion.

—Si mirando el alto cielo  
por el sol iluminado,  
ó el piélagos ilimitado,  
ó la verdura del suelo,  
ó el correr del arroyuelo,  
ó oyendo del ruiseñor  
el cantar inspirador

en santo fuego me inflamo.  
¿qué digo entonces?—¡ Te amo!  
¡ Oh soberano criador!

—Si corro en pos de la gloria  
por senda desconocida,  
y, bravo, espongo la vida  
por dejar una memoria;  
si una página en la historia  
escribo con noble ardor;  
¿quién me inspira tal valor?  
¿quién hace fuerte al meaguado  
y al tímido denodado?

¡ el sumo esfuerzo de amor!  
—Si sumido en la amargura  
el alma de llanto henchida  
anhelo el fin de una vida  
de dolor y desventura;  
¿quién trueca la noche oscura  
en súbito resplandor?  
¿qué balsamo tal dolor  
trató tan breve en placer?  
¡ el alma de una mujer!  
¡ la suma voz del amor!

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

#### Antigüedades romanas.

##### Descripcion de una lápida ó hito hallado en Leon.

Al celo y generoso desprendimiento de uno de los vocales de la junta ó comision de monumentos históricos y artísticos de esta provincia se debe el que entre las preciosidades que encierra el Museo de esta ciudad se encuentre en la actualidad una lápida que por su cons-

trocción y antigüedad es digna de admirarse; esta lápida romana, que en otro tiempo perteneció al Ilmo. Sr. D. Juan Ruiz de Casalpán, obispo que fué de Cuonca, y antes canónigo doctoral de la ciudad de Leon, es de un esquisito mármol, perfectamente construída, de una magnitud de 50 arrobas de peso, y muy bien conservada no obstante su antigüedad. El pararse á hacer una exacta relación de la importancia de este monumento artístico sería nunca acabar; basta ver el informe de la comisión central de monumentos históricos y artísticos, y él nos lo explica y pone de una manera que la hace sumamente recomendable y de mucho mérito: Ella, no cabe duda, debió ser un hito destinado á marcar la división de las provincias de España en tiempo de la dominación de los romanos, y así se deduce no solo de la inscripción que tiene en la letra y forma que se demuestra sino de la figura y calidad de la piedra: esta se reduce á una pirámide cortada por la mitad de su altura con un plinto ó bocal debajo, una moldura sencilla encima y en su centro se halla la siguiente y ya citada

*Inscripcion.*

JYNONS. REGINÆ. PRO. SALVTE. AC. DIVTYRNITATE. M. AVRE-  
LI. ANTONINI. PH. FEL. AVG. ET. JVLIE. PIÆ. FEL. AVG.  
MATRIS. ANTONINI. AVG. CASTROBYM. S. AC. PATRIE. C. JVL.  
CERIALIS. COS. LEG. AVG. PR. PR. HN. C. ANTONIANÆ. POST.  
DIVISION. PROVINÇ. PRINCVS. AB. EO. M.

Fué descubierta en la ciudad de Leon hace ya bastantes años, y habiendo tenido diferentes dueños, el infatigable celo del dicho vocal de la comisión, consiguió que se la cediera el último que la poseía, y trasladándola á este museo, la cedió á él gratuitamente sin permitir que se abonara ni aun los gastos de conducción,

UN EPITAFIO.

Léase en el cementerio de Bristol un epitafio que puede ser citado como un modelo de sensibilidad noble y poética; es del poeta Guillermo Mason.

Mason, que nació en 1723 en el Yorkshire, se ha hecho celebre por sus poemas, dramas, elegías, y un gran número de sátiras políticas. Una de sus composiciones dramáticas, compuesta sobre el plan de las tragedias antiguas, ha tenido la rara fortuna de ser traducida al griego clásico por el reverendo Giasa, erudito helenista; pero ninguna de las poesías de Mason ha adquirido tanta popularidad como la composición que hizo sobre la muerte de su esposa, á quien perdió en 1767 despues de dos años de matrimonio.

Hé aquí el epitafio que hizo grabar sobre su sepulcro: prescinde de las vulgaridades del estilo funerarío, y tiene el mérito de transformar el elogio de la difunta en una enseñanza útil para los vivos.

«Guarda, ¡ oh tierra sagrada! lo que mi corazón prefiere; ¡ guarda el mas precioso de los dones que me concediera el cielo y que tan corto tiempo he poseído!

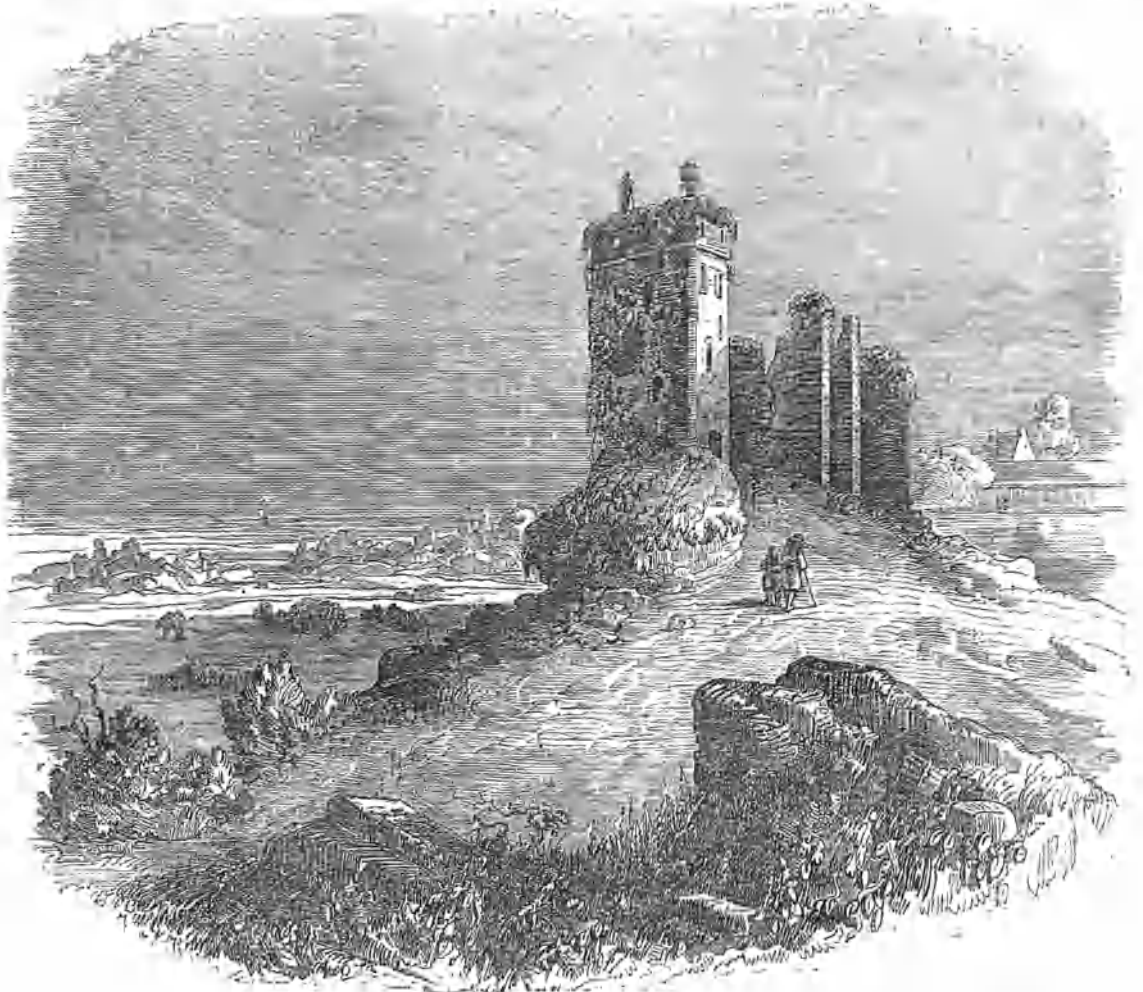
«Yo había conducido con un cuidado curioso este cuerpo destrozado hasta las aguas de Bristol: ella se inclinó para gustar la onda, y murió.

«La belleza y la riqueza, ¿ leerán alguna vez estas líneas? ¿ Sentirán llenarse alguna vez su corazón por una emoción simpática? ¡ Oh! hálbales, difunta amada; has oír un acento divino.

«Aun desde el fondo de la tumba, sabrás cautivar los ánimos. De las que sean castas é inocentes como tú; dilas que marchen tan dulcemente en el círculo del deber; y, si son tan bellas, dilas que estén tan exentas de orgullo, que sean tan firmes en la amistad, tan fieles en el amor, dilas que aunque es terrible cosa el morir (lo fué hasta para tí), una vez atravesado ese paso peligroso, el cielo nos abra sus grandes y eternas puertas, y permita á las almas puras que contemplen á su Dios.»

Filipo, rey de Macedonia, cayó un día del caballo cuando se estaba ejercitando en la lucha, y mirando muy pensativo la forma de un cuerpo impreso en el polvo.

— ¡ Oh, Hércules, dijo á su escudero, cuán poca tierra basta para un hombre y no que poco pende su existencia; y sin embargo somos naturalmente tan vanidosos que deseamos ser dueños del mundo!



(Las ruinas de la Alcazara.)